

Cacicazgos prehispanicos en Colombia y las Américas: la escuela de Pittsburgh

Cacicazgos en las Américas. Estudios en homenaje a Robert D. Drennan

PEDRO M. ARGÜELLO, JUAN C. VARGAS Y CARL H. LANGEBAEK (edición)

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja; Universidad del Magdalena, Santa Marta, 2023, 288 pp.

LA OBRA que me dispongo a comentar constituye un buen vistazo general de lo que ha sido la labor de un grupo de arqueólogos que trajeron a Colombia, y a otros países de la América Latina, las ideas del profesor Robert D. Drennan, reconocido investigador que ha formado a varias generaciones de estudiantes, destacados profesionales en la actualidad. Ellos se identifican no solamente por haber sido alumnos de Drennan y haber hecho estudios de posgrado en la Universidad de Pittsburgh (Estados Unidos), sino también por el uso de ciertas metodologías y planteamientos. No es gratuito que coloquialmente, dentro de su gremio, se les conozca como la “escuela de Pittsburgh”. El trabajo colectivo que se presenta a los lectores en este libro fue compilado por Pedro M. Argüello, Juan C. Vargas y Carl H. Langebaek, notables arqueólogos colombianos, pero incluye varios trabajos de colegas de otros países. En total son once ensayos, con una presentación general, que pasaré a describir y discutir a continuación, organizándolos de un modo diferente a como están en la obra original. Es decir, he preferido en aras de la claridad ordenarlos por regiones de estudio, cumpliendo de este modo, un poco sin querer, con una de las características de esta “escuela”, que es su énfasis en los estudios a una escala regional.

En la presentación, los coordinadores de la obra hacen un breve recuento de lo que han sido los rasgos característicos de los investigadores formados en esta escuela. En particular, su interés por comprender el origen y el funcionamiento de las

sociedades cuya organización social y política ha sido conocida como de “jefatura” o “cacicazgo” por los especialistas. En todos los autores hay una preocupación por entender la formación de lo que ellos denominan “sociedades complejas” o “desiguales”, pero hay que señalar que estas denominaciones sufren todavía de una gran imprecisión y han generado infinitos debates que aún no presentan una conclusión. Los investigadores de esta escuela enfatizan la relación que existe entre el aumento de la población, es decir, la dinámica demográfica de las sociedades prehispanicas, y los llamados “procesos de complejización social”, junto a aspectos relacionados con la violencia y las relaciones conflictivas entre los diversos grupos. Pero también han intentado darles relevancia a otros aspectos, que podríamos denominar “ideológicos”, como las creencias religiosas, los sistemas rituales, etc. En estos temas todavía quedan, a mi modo de ver, muchas dudas, sobre todo por la falta de precisión teórica y conceptual que se ha venido manejando. Sin embargo, es necesario reconocer que en el terreno de la metodología que caracteriza a este conjunto de investigadores, es decir, su énfasis en los estudios a escala regional, el avance ha sido sustancial y hoy en día disponemos de un corpus de datos arqueológicos que permite tener una buena base para cualquier tipo de conclusión o hipótesis que se quiera plantear.

Como anuncié unos párrafos atrás, no voy a seguir el orden en que los ensayos están presentados en el libro porque me parece mejor abordarlos bajo una perspectiva regional, y también por el limitado espacio del que dispongo para esta reseña. Un primer conjunto son los trabajos que se concentran en México y Centroamérica. Son tres trabajos en particular, de los once que componen la obra. Ricardo Felipe Sol y Mauricio Murillo (cap. 1) nos presentan un análisis de la población prehispanica de la actual Costa Rica y su evolución, basándose en fuentes arqueológicas. En su propuesta concluyen que los cacicazgos de la región llegaron a tener una población que podría oscilar entre 289.000 y 577.000 personas, lo que representa

una densidad importante para la región y para la época (1000-1500 d. C). Michael J. Haller (cap. 2), por su parte, nos presenta un análisis de los cacicazgos de la fase Cubitá (500-700 d. C) en la actual Panamá; el momento en que se considera que aparecen en la zona, por primera vez, claros indicios de “desigualdad social”. El autor enfatiza en el aumento de población que se observa en esa fase, y en la creación de un centro ceremonial, relacionado con el comercio regional de bienes que son símbolo de prestigio. En este grupo incluyo finalmente el trabajo de Scott D. Palumbo y William A. Locascio (cap. 9), con un enfoque más metodológico, donde se analizan las ventajas del uso de los estudios enfocados en “aldeas” y pequeñas regiones, antes que en sitios arqueológicos puntuales. En este texto se habla de los resultados que tal enfoque ha tenido en lugares como Oaxaca (México), San Agustín y el altiplano cundiboyacense (Colombia), la “Joya” de Parita (Panamá), Costa Rica, e incluso en China. Todos los trabajos citados coinciden, según los autores, en la importancia de elementos “ideológicos” y “ceremoniales” en el origen del cambio social (p. 221).

Un segundo grupo de trabajos tiene que ver con el área de la Sierra Nevada de Santa Marta conocida como tairona. Juan C. Vargas, Isabel Romero y Luis Miguel Soto (cap. 3) se concentran en la zona de Pocigüeica, cuenca del río Frío, donde intentan evaluar la incidencia de la guerra en la formación de los cacicazgos. Tomando diversas variables ambientales relacionadas con la ubicación de los asentamientos, en especial el agua y las tierras fértiles, así como la ubicación estratégica para la defensa, concluyen que la guerra no era tan fuerte como en otras regiones de las Américas. Por su parte, Alejandro Dever (cap. 10) combina un estudio arqueológico con fuentes escritas de los cronistas del siglo XVI para intentar establecer la dinámica poblacional de la región tairona, a la que estima densamente poblada en el momento del contacto con los europeos; con una cantidad considerable tanto de gente como de entidades políticas, y una estructura de cacicazgos compuestos de jefes principales y subalternos. Cabe anotar que estos trabajos no resultan muy

HISTORIA		RESEÑAS
<p>concluyentes en su intento de explicar el surgimiento y desarrollo de tales cacicazgos, pero aportan nuevos datos.</p> <p>Un tercer grupo de trabajos se orienta al análisis del altiplano cundi-boyacense colombiano, en la zona arqueológica conocida como muisca, en la literatura especializada. Ana María Boada (cap. 5) plantea la hipótesis de que el cacicazgo de Bogotá no tenía una sola sede principal o “capital”, sino que en la primera mitad del siglo XVI su centro político se desplazaba, literalmente, adonde se encontrara el cacique de Bogotá. Esto se sustenta a partir de información arqueológica y etnohistórica. Considero que es una hipótesis sugestiva, pero aún faltan más pruebas empíricas para aceptarla. Por otro lado, Luis G. Jaramillo (cap. 6) realiza una comparación entre los cacicazgos muisca y quimbayas, recurriendo al caso de sus investigaciones en el sitio de Sopó, donde pudo establecer la evolución de la población y la formación de unas cuatro comunidades aldeanas, posibles capitánías o cacicazgos. Con respecto a los quimbayas, se plantea un crecimiento acelerado y exponencial de la población, en los años anteriores al contacto con los europeos, y ello contrasta con esos cacicazgos que sufrieron una tendencia contraria. Finalmente, dentro de este grupo encontramos el trabajo de María Antonieta Corcione y Carl H. Langebaek (cap. 11), donde los autores cuestionan la idea de que la violencia era un hecho corriente entre los cacicazgos prehispánicos de la zona muisca. Con este fin exponen el caso del sitio de Tibanica, en el que usan una metodología forense para establecer un corpus de datos referidos a individuos enterrados en el lugar durante los últimos siglos anteriores al contacto, algo que sugiere poca incidencia de la violencia y la guerra entre ellos. Con esto ayudan a corroborar lo que ya se ha dicho muchas veces, sobre las exageraciones que los cronistas y conquistadores consignaron en sus manuscritos acerca de enfrentamientos terribles entre ejércitos indígenas muy bien organizados.</p> <p>El último grupo de trabajos se refiere al sur de la actual Colombia. Carlos Augusto Sánchez (cap. 7) analiza las interacciones políticas de los cacicazgos en el valle de Timaná, en el Alto</p>	<p>Magdalena, y el papel de la guerra en la formación de esos cacicazgos. En este caso, el investigador le da una importancia primordial a la guerra y también argumenta que la situación conflictiva vivida en los últimos siglos antes de la Conquista europea explica la actitud de algunos jefes que se aliaron con los conquistadores. Por último, Hernando Giraldo (cap. 8) hace un recuento de la secuencia histórica prehispánica del actual departamento del Cauca, para señalar que aún hay mucho por investigar en el sur del país. Es un llamado a los investigadores para que se interesen en esta zona tan especial, donde confluyen muchas tradiciones culturales y ecosistemas.</p> <p>Concluyo la reseña indicando que este libro se puede considerar como un buen panorama de lo que son los estudios arqueológicos actuales en Colombia, con sus aciertos y limitaciones. En particular, quisiera señalar que es notoria la falta de una claridad teórica sobre los llamados procesos de formación de sociedades “complejas”, “desiguales”, “cacicales”, o cualquier otra denominación que queramos usar. Tal vez un enfoque diferente al de la economía, la ideología o la violencia – los que han predominado – podría dar mejores resultados.</p> <p style="text-align: center;">Jorge Augusto Gamboa M. Instituto Colombiano de Antropología e Historia</p>	